

La dimensión del deseo por metros cuadrados

FLAVIA COMPANY

POESÍA COMPLETA



C

Editorial Comba



Siete años saltando a las letras hispánicas
2014 - 2021

Colección Poesía

La dimensión del deseo por metros cuadrados

FLAVIA COMPANY

POESÍA COMPLETA

Volver antes que ir

Yo significo algo

La dimensión del deseo por metros cuadrados



Editorial Comba

Imagen de la portada:
Fotografía de Salva López
IG: @salvalopez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Diagramación: Roger Castillejo Olán

© Flavia Company, 2012, 2016, 2021

© de la traducción de los versos de W. Szymborska: Ana M^a Moix y Jerzy Sławomirski

© Editorial Comba, 2021
c/ Muntaner, 178, 5^o 2^a bis
08036 Barcelona

ISBN: 978-84-122232-9-3
DL: B-11.036-2021

Índice

Volver antes que ir	9
Yo significo algo	81
La dimensión del deseo	157

Mi hermana no escribe poemas,
y probablemente ya nunca se pondrá a escribir poemas.
Lo heredó de nuestra madre, que no escribía poemas,
y de nuestro padre, que tampoco escribía poemas.
Bajo el techo de mi hermana me siento segura:
[...]
Mi hermana practica una prosa oral muy aceptable
y su obra literaria se reduce a las postales turísticas
con un texto que cada año repite la misma promesa:
cuando vuelva
contará
todo
todito.

WISLAWA SZYMBORSKA
'Elogio de mi hermana'

Para Marina, mi hermana,
con *hamor hindestructible*

Volver antes que ir

Secreto

Es la primera vez que escribo un texto para un texto mío. Y aunque pueda parecer contradictorio, no lo hago para hablar sobre el contenido de este libro sino para contar de dónde surgió.

Mi madre falleció en 1989, cuando contaba 49 años de edad y yo todavía no había cumplido los 26. Una de las cosas más tristes que he tenido que hacer en mi vida es desarmar su casa. Recoger su ropa, sus libros, tantos objetos personales.

Algunas de las cajas que guardé, tardé tiempo en abrirlas. En una de ellas encontré algo imprevisible: un diario. Imprevisible, digo, no tanto por lo que era sino por cuándo y por quién había sido escrito. Se trataba del diario de una niña de 12 años, la niña que era mi madre cuando viajó en barco desde Buenos Aires (lugar de nacimiento de las mujeres de mi familia, incluida yo) a Barcelona, con sus padres y su hermano, para conocer España y visitar el pueblo de mi abuelo, Bellcaire d'Urgell.

Al encontrarlo me dio un vuelco el corazón y, como es natural, quise empezar a leerlo. Fue sólo el primero de los muchos intentos realizados durante más de veinte años. Nunca pude (tampoco he podido visitar jamás su tumba). Hojeaba aquellas páginas y se me rompía la vida. Así que lo guardé. (Como si algo así pudiera guardarse.) Me esperó con paciencia hasta que regresé

a él y busqué un camino para leerlo. Y nunca mejor dicho: un camino. Decidí volver a la Argentina (ojo al verbo empleado, pues si bien yo había nacido en aquel país, mis padres habían emigrado a España en 1973, cuando yo era una niña de apenas nueve años) en barco. ¿Por qué en barco? Para darle al diario de mi madre un regreso simétrico. Ella lo había escrito durante su travesía a España, jornada tras jornada, y yo lo leería durante mi travesía a la Argentina, jornada tras jornada también. Por mar la ida y por mar la vuelta. Sabía, creí saber, que el diario de mi madre iba a ser el centro y eje de mi siguiente novela. Viajar a mi país de origen — ¿mis raíces?— era parte de la escritura. (Vivir aquello a partir de lo que se va a escribir ya es estar escribiendo.)

Así que dejé mis trabajos, los muchos en que me tengo que desempeñar para pagarme la locura de escribir, preparé una maleta pequeña (viajo siempre con muy poco equipaje) y compré un pasaje de barco que jamás llegué a utilizar, justamente porque el azar tenía lo suyo que decir. El deseo de llegar a la Argentina se aceleró, por razones que ahora no vienen al caso, de una manera desorbitada, y ya no me daba la energía para pasarme diecisiete días en el mar. Cambié el barco por el avión, aprovechando que un par de años atrás había perdido por completo el miedo a volar. (Somos imprevisibles.)

El diario de mi madre, sin embargo, no lo leí durante el viaje en avión. Ni en los días posteriores a mi llegada a Buenos Aires. Todavía tardé un año más.

Y en ese año ocurrieron tantas cosas. Caminé Buenos Aires de punta a punta, alquilé un departamento en San Telmo, reconocí e incluso fotografié los nombres de las calles de las que había oído hablar siempre a mi madre, a mi tío y a mi abuela. Sonreí con nostalgia ante las marcas de productos que había comido y bebido de niña. Volví a las distintas casas en que viví, a las distintas escuelas a las que asistí. Llegué incluso a reunirme con algunas compañeras de la primaria, de las que no había vuelto a saber desde entonces, es decir, desde hacía más de cuarenta años. Visité a mi pediatra, cuya memoria prodigiosa le permitió contarme anécdotas de la familia. Incluso, por vericuetos del destino que necesitarían de otro libro para ser narrados, acabé cenando un día con una compañera de secundaria de mi madre. Recorrí la Argentina de Norte a Sur y de Este a Oeste. Busqué códigos, claves. Entendí complicidades, ironías. Me sentí rodeada, allí también, de mi tribu.

«A las cosas y a los lugares no se puede volver ni siquiera volviendo», había escrito yo años atrás en mi novela *Dame placer*. Era algo que sospechaba y que pude comprobar en este largo viaje. Comprendí, entre otras cuestiones, que la emigración es algo hereditario, que los lugares de los que se parte influyen tanto en la identidad como los lugares a los que se arriba —si bien la realidad demuestra que jamás se acaba de partir y nunca se termina de llegar—. Y que, en efecto, no hay forma de volver.

Un día por fin, cerca de la selva en Tucumán (un lugar que mi madre, o eso creo y ya no hay nadie a

quien pueda preguntar, no conoció), a una temperatura que superaba los cuarenta grados, casi sin pensarlo, casi sin respirar, me senté frente al diario y lo abrí y empecé a leer y leí sobrecogida hasta el final aquellas líneas que un día, tanto tiempo atrás, había escrito una niña que desconocía por completo de qué modo aquel cuaderno se iba a convertir en un tesoro para una mujer ya madura, una mujer de la que entonces ni siquiera podía sospechar la existencia, una mujer que iba a dedicar su vida a escribir y que, tras leer el diario de su madre, iba a llegar a la conclusión de que el único modo de hablar de aquel tránsito serían los versos, los versos que permitieran las imágenes, las imágenes que permitieran la síntesis, la síntesis que procurara un modo de intentar decirlo todo con apenas casi nada.

Ahora soy yo quien, este año y si nada lo impide, va a cumplir 49. Por primera vez decido publicar versos, por primera vez escribo en argentino. Y ahora, por primera vez, al escribir este «Secreto», comprendo el sentido último del título que le he dado al poema: *Volver antes que ir*. Tiene dos significados. Uno: el orden en el tiempo. Dos: la preferencia. Me fijo en el título con que encabezó mi madre su diario: *Diario de mi primer viaje a España*. ¿Por qué una niña argentina de 12 años consideraba aquél un viaje entre otros, es decir, sólo el primero de muchos o de por lo menos dos? ¿Por qué no lo tituló, simplemente, *Diario de mi viaje a España*? Está claro: ella estaba volviendo incluso antes de ir.

Igual me ha ocurrido a mí al escribir el poema, he llegado a la misma conclusión, pero la mía tiene que ver con el otro significado, con el de la preferencia: yo, antes que ir a los lugares, prefiero volver.

Barcelona, enero de 2012

¿Vos creés que detrás de las cosas hay algo?

Y no.

Sin embargo, a veces tengo la impresión de que sí. De que hay que ir leyéndolo todo. No te podés conformar con creer.

La primera, en la frente

Llegás a un lugar distinto. Distinto a vos, se entiende, porque vos sos un conglomerado de convicciones y de costumbres o, lo que es lo mismo, de prejuicios.

Llegás a un lugar donde el tiempo se mide de otra forma. Hay que aprender de nuevo.

Salís de casa —tener una casa es algo que ya sabés hacer; es fácil. Imaginate que tenés que salir de una cueva o que no tenés de dónde salir—. Salís, entonces, convencida de que con tus euros —la moneda del primer mundo— te va a bastar para organizarte según tus convicciones y tus hábitos. Caminás ponele diez o doce cuadras. Bajo el sol y sobre charcos. Sos una extranjera. Tenés que preguntar cómo funcionan los pasos, los gestos, las medidas. Cuando alcanzás el espacio donde la gente ocurre te das cuenta de que tu límite sos vos. No en-

tendiste nada. Vuelta atrás. No conseguiste cambiar tus poderosos euros por los miserables pesos. Te da que pensar. Y más todavía cuando, en el camino de vuelta, te agachás a juntar una moneda. En el sitio del que venís con esa moneda no comprarías ni aire: ahí para respirarlo hay que formar parte. En la moneda hay un código que tenés que descifrar, pero te faltan elementos. Esa moneda tiene que ver con tu viaje. Es iniciática. Es la que inaugura. Te mira y te dice que te cambió la vida. Que cambiaste la vida: es moneda de cambio. Podés saltarle arriba; es un trampolín metálico. Ojo, ¿cuánto o cuándo hay que saltar?

Es un golpe con efecto. Es una fábula: las fábulas se cuentan, como las monedas. Son circulares. Tienen cara y cruz. Vos no. ¿O vos también? Anverso y reverso, puede ser, claro. Te tiraron al aire, fuiste a parar a otro hemisferio, rodaste, rodaste de canto tanto tiempo y tu naturaleza te lleva a aterrizar del lado en que te conociste. Cara: puede ser el modo de designar el precio de la nueva vida, la vida en tu idioma: no va a ser la misma que en el de otros. Ahí empezás a entender algo: aprender a hablar otra vez es el principio de todo, ¿te das cuenta? Árbol, rulemán, puente. Cómo lo vas a cruzar: son palabras recuperadas, que están en vos, que te persiguieron hasta acá, fieles a su misión, a su intención de recuperarte completa, ambiciosas, patrióticas ellas, como de 25 de mayo y de bicentenario y de himno, oíd mortales, justo eso, mortal pero a tiempo todavía de ser cara y no cruz, de ser cara y no canto, de dejar la

ficción y abrazar la literatura, de recorrer lo tuyo y de recurrir a lo tuyo, cuando lo tuyo es una moneda que tiene valor sólo en tu mundo, que todavía no conocés; lo llevás incorporado, está en tu piel, ensanchada en el lugar donde fueron muriendo los que te dieron nombre y bagaje, los que te preguntaron, los que te mintieron para no hacerte daño, como si no fuera eso un oxímoron, una enfermedad del alma que llama secreto a la mentira, que la llama piedad o cuidado, que la disfraza con trajes que le quedan grandes y chicos, porque a la mentira nunca se le encuentra ropa de su talla, todo le queda mal, no es como vestir a un niño o a un anciano, no es una reina con atavío a medida. La mentira, eso sí, te permite volver a empezar. Tanto trayecto por desandar, digamos, para llegar hasta la primera, para atreverte a mirarla y desnudarla.

A mi torre de marfil le quedó la memoria del elefante
y sus colmillos afilados que muerden hacia dentro
y abren brechas
: no se pueden ver desde afuera
y nadie sabe que por aquí
está esta jungla impracticable
como tu cuerpo de arena y alacranes
la despensa de mis anhelos
frutas de harina y hormigas
cuencos de agua y cartón
donde golpean la lluvia y las ideas
prendidas en alfileres envenenados
como insectos de alas rotas
con miles de ojos azules, verdes, rojos
: no importan los colores, se proyectan
en la sábana, ese lienzo intacto
todavía
mientras el adverbio manda
con sus letras abiertas como manos con hambre

la huella dactilar del mundo
sembrada y creciente
llena de pelos que se atragantan
se atorán en un desagüe imperfecto
un tubo que va hasta el centro de la tierra
para topar con monedas de latón y carne acrílica.
Entonces qué hago, cuántos miligramos
se necesitan para que el dolor sea astilla
y la fiebre cinta aislante para los cables pelados
lentamente
por ratas aficionadas, sin rabia,
grises y mansas, sumisas como el vino,
el se fue, porque irse es posible
y hasta inevitable como el ritmo de la angustia
que se hace gusano cuando le preguntás
dónde ha nacido, de dónde viene
sin pasaporte, ilegal, con equipaje,
su hilo dental, su cepillo, su ropa grande
a cuadros, a rayas, a destiempo,

a contramano, entre hielos rotos por la sal
de un mar de dudas, su frase hecha,
la diana de un dardo mediocre,
por qué ibas a aspirar a más
si detrás de cualquier suma hay una resta,
hay un pasado, tantas orugas con agujas
que tejen y destejen lo mismo cada vez
como si hubiera un diagrama de conjuntos
apelmazados que sólo se quiebran al nombrarlos.
Cuando la palabra sale me meto los dedos en la garganta
y la vomito para ver los alimentos triturados,
aún reconocibles, manzana, nuez, palta,
aceite, avispas, papel y plástico,
el envase va incluido, sin etiquetas,
nunca me gustaron, porque los detalles
parecen sólo eso y después son la vida,
una taza de agua hirviendo en la alacena,
al lado de la sal y de las llaves desordenadas
o del libro de cuentos del hijo que iba a tener

Editorial Comba

1. Tomás Browne
Las semillas de Urano
2. S. Serrano Poncela
La raya oscura
3. Enrique Lynch
Nubarrones
4. Juan Bautista Durán
Convivir con el genio
5. Andrea Jeftanovic
No aceptes caramelos de extraños
6. Rosa Chacel, Ana María Moix
De mar a mar
7. Matías Correa
Geografía de lo inútil
8. Rosa Chacel
La sinrazón
9. Ernesto Escobar Ulloa
Salvo el poder
10. Alfonso Reyes
Memorias de cocina y bodega
11. Esmeralda Berbel
Detrás y delante de los puentes
12. Ignacio Viladevall
Luz de las mariposas
13. Tatiana Goransky
Los impecables
14. Andrea Jeftanovic
Destinos errantes

15. Federico Valenciano
Frontera con la nada
16. Constanza Ternicier
*La trayectoria de los aviones
en el aire*
17. Rodrigo Díaz Cortez
Metales rojos
18. Rosa Chacel
Memorias de Leticia Valle
19. Jordi Dalmau y Lidia Górriz
Un nido de agujas en el colchón
20. Tomás Browne
Silbar los viajes
21. Tatiana Goransky
Fade out
22. Karla Suárez
El hijo del héroe
23. Daniel Mella
El hermano mayor
24. Daniel Mella
Lava
25. Miki Naranja
Palabras de perdiz
26. Esmeralda Berbel
Irse
27. Jimena Néspolo
Las cuatro patas del amor
28. Juan Villa
Voces de La Vera
29. Silvia Eugenia Castellero

Eloísa

30. Karla Suárez

Habana año cero

31. Jordi Dalmau y Lidia Górriz

El lanzador de libros

32. Osías Stutman

Mis vidas galantes

33. Rosario Izquierdo

El hijo zurdo

34. Daniel Mella

Trilogía del dolor

35. Miguel de Unamuno y Joan Maragall

Epistolario

36. Juan Bautista Durán

Tantas cosas dicen

37. Rosa Chacel

La confesión

38. Rosario Izquierdo

Lejana y rosa

39. Flavia Company

Dame placer

40. Esmeralda Berbel

Habitarlo todo seguido de Calma corazón, calma

41. Miguel Ángel González

Un nublaro de tiniebla y pedernal

42. Flavia Company

La dimensión del deseo por metros cuadrados

Bajo el título del tercero de sus poemas narrativos, ‘La dimensión del deseo por metros cuadrados’, inédito hasta ahora, y junto a ‘Volver antes que ir’ y ‘Yo significo algo’, el presente volumen reúne la obra poética firmada por Flavia Company. Una trilogía que por fin aparece tal como la concibió la autora. «He vuelto para decir que sé/ lo que no tengo que saber», leemos en sus versos. Revelación, memoria, identidad. Viaje, misterio, deseo. Nada escapa a la observación de esta «maestra en el cuento y la novela, malabarista del lenguaje» (*La Vanguardia*), que destapa con la poesía el centro neurálgico de su esfera literaria.



Siete años saltando a las letras hispánicas
2014 - 2021